

vistas de cerca. Para que todos los que, como decía el alcoholista Osma, creen saber donde hay que aplicar los remedios, puedan convencerse de que es muy distinto comer que no haber comido y que desde los palacios no pueden darse cuenta exacta de lo negra que es la vida en las miserables viviendas donde se ven obligados á vivir muchos miles de familias quienes no tienen otro patrimonio que el trabajo y sobre los que pesan todas las cargas que Dios y los hombres se sirven mandar.

Acérquense los grandes á los que sufren á ver si su corazón se mueve algo y sienten lástima hacia estos infelices moviéndoles á hacer algo en su beneficio, con lo que evitarán que un día aquella mole que se desprecia, en un indispensable movimiento, aplaste á los que deben y pueden darles lo que por ley divina y humana les corresponde.

Esto es: Pan contra el hambre y defensa contra sus intereses.

B. SÁNCHEZ-BALLESTEROS.

Sueño... Impresiones... Felicidades...

«A.....  
En su «nomástico»

I.

Regresaba yo una tarde del mes de Enero de una bonita finca de recreo heredada de mis parientes.

La tarde declinaba lentamente y el cielo iba tomando un tinte gris.

Al poco tiempo de camino las campanas de la inmediata iglesia del pueblo anunciaban á los mortales con sus misteriosos ecos, con sus vibraciones puras, que había llegado la hora de vaga poesía, de deseos eternos, la oración.

Mi corazón se entristeció y sentí allá en el fondo de mi alma anhelos eternos, infinitos.

Un silencio sepulcral reinaba en todo el espacio.

Todo callaba, todo dormía.

Ni una ráfaga de viento agitaba las hojas de los desnudos árboles.

Ni un sólo ruido se sentía por el campo. Todo era soledad... todo calma.

Las aves noturnas con su trinar melancólico daban á mi alma tristeza, pesares sin cuento.

El bosque presentaba un aspecto bastante lúgubre, demasiado triste.

La enramada sin pájaros cantores, sin bullicio, sin flores, sin alegría semejava un cementerio.

El aspecto del campo era terrorífico, triston, espantoso.

En suma, el ambiente que en el campo aquella noche se aspiraba era ambiente de tristeza.

Llegué á la población que estaba silenciosa; serían próximamente las siete y en invierno á estas horas sabido es que las calles se encuentran solitarias, las plazas desiertas y solamente vagan por ellas las personas que van á algún asunto de precisión, de interés.

Crucé unas cuantas calles maquinalmente, pues el estado de mi ánimo era mayormente triste y no me daba cuenta de dónde me dirigía ó hacia qué sitio me encaminaba, hasta que al fin, sin saber cómo, me encontré frente á mi casa, penetré en ella, y rendido por el cansancio, y abatido por los dolores que sentía mi corazón, me recosté sobre un diván, cerré mis párpados, quedándome al punto entregado á intranquilo y agitado sueño.

Vereis lo que soñé: yo veía al mundo convertido en un puro edén de delicias y bienandanzas, en el cual todos vivíamos felices.

La pena, el dolor, el llanto, eran palabras desconocidas, y como tales ni aún siquiera les daba cabida el diccionario.

Todos los hombres se amaban, todos adoraban en sus almas á un mismo ideal, todos se esmeraban en un cumplir rectamente sus deberes, todos se llamaban hermanos.

No se conocían las pasiones bajas y feas, que tanto predominan hoy en la sociedad, no se insultaba, no se criticaba.

Imágenes halagadoras y hermosas pasaban sin cesar ante mis ojos saludándome con dulces sonrisas que alegraban mi afligido espíritu, mi desconsolado corazón.

Infinidad de ilusiones acariciaban mi alma... lo que llamó particularmente mi atención sobre manera fué la aparición de una niña rubia, preciosa, ideal, de aire distinguido, propio de uno de esos ángeles encantadores, divinos, que moran en el cielo.

Su larga y finísima cabellera reluciente cual la plata, la expresiva y elocuente mirada de sus negros ojos, y sobre todo su fisonomía franca, comunicativa y leal, me hicieron sentir una cosa extraña, é impulsado por una secreta é irresistible simpatía me aproximé á ella para que calmase la curiosidad que me devoraba.

Mas... ¡oh dolor! apenas me dirigió unas cuantas palabras que no pude entender, desapareció de mi presencia, dejando en el aposento una poesía infinita, un olor que arrobaba, un perfume tan fino y delicado que parecía oler á gloria.

Desperté en aquel momento y preocupado en gran modo, no pude conciliar el sueño en toda la noche.

¡Dios mío, si aquel sueño se realizara, si fuere así ó tal como soñé la humanidad!

¡Qué sueño tan dichoso! ¡Cuán triste despertaré! ¡Por qué desperté? ¡Era tan feliz soñando!...

II.

Han pasado algunos años.

¡Benditos sucesos los que guardo en mi corazón de mi juvenil, de mi temprana edad!

No podré olvidar nunca mientras viva, aquellos juegos inocentes aquellos ratos alegres que me proporcionaban aquellas

dulces palabras henchidas de candor, de encanto, de inocencia.

Hoy cuando veo á una sociedad hipócrita, criticona, falsa, juzgar acciones de suyo buenas, y por lo tanto encaminadas á buen fin,—Juzgarlos si no malas perniciosas... cuando veo aún quizá, quizá á personas que parecen querer interesarse por uno, no más que por adularle, reniego de todo y sólo en el cielo cifro mi consuelo, mi ventura, y una especie de vértigo se apodera de mí.

¡Infame sociedad! piensa que todo cuanto juzgas de mala fe, son vanas apariencias, que si en ellas meditas con atención, el mayor desencanto vendrá á destruir esas ilusiones que te inventas ligeramente—sin antes meditar como se debe—cuanto daño, y cuan grandes perjuicios causas con tus juicios infundados.

Al acordarme hoy de aquella dichosa edad, por mi mente pasan, cruzan en confuso tropel pensamientos mil, sueños, ilusiones...

Y sobre todo un recuerdo impercedero guardo en mi alma—tu cariño.

Si al acordarme de aquellos dichosos días, de aquella edad inocente, dichosa, de mi pecho salen prolongados suspiros, tiernos sollozos.

Yo comparo la edad «de la inocencia, del candor» con una rosa; nace, vive y se marchita en breve tiempo.

Sin embargo, hay una flor que no se aja que no se marchita nunca, que vive siempre «la imaginación» «el corazón del hombre»

Mi alma recordará siempre las cosas de aquella tierna y dulce edad; jamás olvidaré nunca los cariñosos recuerdos que enfiltraste en mi corazón para siempre.

¡Bendita seas edad de los encantos, edad de la niñez, bendita seas!

¡Recuerdo eterno te mandaré siempre! ¡Yo te bendigo!

III.

Entre todos los recuerdos de aquella edad en que, rodeado del cariño de mis amantes padres, era feliz disfrutando con esos gozos, con esos placeres tan sencillos, tan inocentes, que llevan al hogar los juegos de los niños... entre todos aquellos recuerdos encantadores, flota hoy uno que conmueve mi alma, «el tuyo»

Mil veces tu nombre querido lo pronuncian mis labios y todos los días sin exceptuar tan solo uno, elevo ardientes plegarias por tu «suerte al cielo.»

Mañana celebra la iglesia la fiesta del Santo que llevas por nombre, y ya que no me es posible demostrarte de otro modo mi cariño, te dedico estos pobres renglones en felicitación, como un recuerdo cariñoso nacido de lo íntimo de mi corazón.

PEDRO SÁNCHEZ-REY.

Por una sola vez

Confieso que me duele, por inmerecido, el espaldarazo que con estas líneas

doy al joven «peñense» Licer Muñoz. Quedará él armado caballero, y eso habrá ganado... á su juicio. Lo malo es que no toda la virtud está en el agua que riega la tierra.. Si ésta es estéril é infecunda así se queda de nuevo, aunque la rieguen mil ríos.

Bien claro se advierte, por las anteriores líneas, que mi criterio, en la ocasión presente, es el de oídos sordos á palabras etc. Pero quiero ir un tanto contra mi criterio, para recitarle, á dicho «petit juvenil», cierta quintilla célebre, aunque modificada con arreglo á las circunstancias.

Tu crítica majadera de las líneas que escribí, Licer Muñoz no me altera; mas, pesadumbre tuviera si te gustaran á tí.

Aquí debiera yo hacer punto final, lo comprendo; más puesta en la mano la espada y dispuesto el ánimo á otorgar la merced, tanto dá que el espaldarazo sea mayor ó menor. Quiero, pues, alargarlo con unos consejillos, leales, bien leales, que en provecho de Licer Muñoz (el Aristarco valpeñense...) serán si los sigue.

Aprenda, el Aristarco manchego, á leer antes que á criticar, y así verá que en mi *Rápida* no son los rayos del sol ó los del crepúsculo los que caen de las rocas, si no las sombras, cosa muy diferente ¡y tanto!

Aprenda, también, el buen *Clarín oxidado*, á expresar sus pensamientos con aquella justeza de frase que demanda la más elemental claridad, para que las gentes entiendan lo que se propone decir.

Cuando afirma que ha «sentido» que yo quiero publicar un periódico. Supongo y muchos supondrán conmigo, que en la mente de Licer Muñoz estaría el manifestar que había oído decir... eso del periódico; pero ¡fíese usted de la mente de Licer Muñoz! Sentir por oír ¡puff!

Y por último, hágase de un poquitín de ese sentimiento no exclusivo de la moral cristiana, que nos manda hechar un velo de indulgencia sobre los defectos propios. O lo que es lo mismo, no pase el tiempo tirando chinias al tejado vecino, que acaso sea de pizarra, cuando tan de vidrio tiene el suyo.

Ahora si que hago punto final, se acabó esto, por mi parte. Vuelvo á mi primer criterio y ya tengo algodones en los oídos.

ALFONSO MADRID RODRIGUEZ.

EN EL COLEGIO de Nuestra Señora de Consolacion

Fué una fiesta verdaderamente hermosa la celebrada el pasado día de Santiago, con motivo de la repartición de premios á los alumnos.

Asombra el pensar el trabajo de los Hermanos Maristas, en los ocho meses escasos que llevan establecidos en esta ciudad y dá gusto ver lo que serán estos pequeños dentro de poco.